



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
revistaelc@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Jurado Valencia, Fahio

La revista Mito: Diálogo político, diálogo con la literatura y con las artes
Estudios de Literatura Colombiana, núm. 17, julio-diciembre, 2005, pp. 59-70
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498357119003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

La revista *Mito*: Diálogo político, diálogo con la literatura y con las artes

*Fabio Jurado Valencia**

Universidad Nacional de Colombia

Primera versión recibida: 31 de octubre de 2005; versión final aceptada: 18 de noviembre de 2005 (Eds.)

Resumen: La revista *Mito* se caracterizó por estimular el debate político, a través de dos estrategias: desde los documentos y los testimonios sobre la situación del país y desde los ensayos críticos acerca de escritores cuyas obras fueron censuradas, como Sade, Nietzsche, Freud, Miller, Bataille, entre otros. Se pone de relieve que la segunda estrategia fue más potente que la primera, si bien aquella contribuyó a un llamado de atención sobre el atraso social y educativo de Colombia.

Descriptores: Revista *Mito*; política; intelectuales; ideologías; racionalismo; erotismo; moral de lo inhumano.

Abstract: The journal *Mito* was characterized for stimulating political debate via two strategies: first, from documents and testimonies about the country's situation and second, from critical essays about writers whose works were censored like Sade, Nietzsche, Freud, Miller, Bataille, among others. The second strategy had more power than the first one, although it claimed about the social and educational backwardness of the country.

Key words: Journal *Mito*; politics; intellectuals; ideologies; eroticism; rationalism; moral of the inhuman.

* Maestro en Letras Iberoamericanas y Doctor en Literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es profesor del Depto. de Literatura, de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá (fabiojuradovalecia@cable.net.co). Este texto es producto de la investigación, *Mito. Cincuenta años después*.

El político tiene como anhelo el ser reconocido como intelectual. Por otro lado, el intelectual anhela influir en su sociedad como político, sin dejar de ser intelectual. Así lo planteaba Hernando Téllez, en una nota periodística del año 1962, publicada en el libro *Textos no recogidos en libro 2* (1979). Pero si el político piensa como el intelectual, lo cual supone que “la historia puede tomar rumbos imprevisibles, que escapa a sus determinaciones”, entonces dejaría de ser político, anotaba Téllez. Y si el intelectual pensara como el político, tendría que asumir la historia como algo plano, lineal y transparente, lo cual no va con el perfil del intelectual que aquí se señala. Por eso, concluye Téllez, “el intelectual es tan pésimo político. Y tan buen juez de las acciones políticas” (587).

Éste parece haber sido el dilema de los políticos y de los escritores que participaron, directa o indirectamente, en *Mito*. Unos, queriendo ser intelectuales, sin dejar de ser políticos (Lleras, López, Betancurt) y otros, queriendo ser políticos de vanguardia (Gaitán Durán, Pedro Gómez Valderrama, Eduardo Cote Lamus y Jorge Eliécer Ruíz), sin dejar de ser intelectuales. *Mito* será la última revista cultural y literaria de Colombia en la que ocurre tal fenómeno. Después, los políticos asumirán su complejo y se dedicarán a eso que es inherente a la política: el poder; y los intelectuales se dedicarán a lo suyo: al pensamiento, si bien algunos renunciarán al pensamiento para recibir una dádiva estatal que les permita conocer, a través de una embajada o de un consulado, algún rincón del mundo distinto a este mundo “tan pequeño” como es Colombia.

El pensamiento de quien fundara la revista *Mito* se mueve entre dos aguas: el anarquismo, que subyace en la filosofía de Bataille, y el liberalismo progresista, que es progresista sólo por oposición al conservadurismo prevaleciente entre los colombianos. Hoy nos colocamos en el lugar de Jorge Gaitán Durán para comprender sus ambivalencias políticas y hallamos sensatez en sus decisiones: había presenciado el estalinismo en sus visitas a Rusia y a los países llamados por entonces “de la cortina de hierro” y era notable su decepción; sólo la República Popular China, visitada por él en el año 1952, le llamaba la atención como proyecto político entre los países llamados comunistas.

Gaitán Durán abominaba del dogma y de la ortodoxia; la revolución cubana le despertará después el espíritu socialista asumido, como una posibilidad distinta para nuestros países. Pero militó en una fracción del partido liberal, fracción que quiso ser de izquierda al menos en su nombre:

Movimiento Revolucionario Liberal (M. R. L.), al que *Mito* concedió un espacio para divulgar su plataforma. Los números 39 y 40, correspondientes a noviembre-diciembre de 1961 y a enero-febrero de 1962, aparecen en un solo volumen; en la sección de Documentos, se publica el “Discurso a los intelectuales”, de Alfonso López Michelsen. Textos como éste dan cuenta de la intención de la revista por buscar el vínculo entre los políticos “progresistas”, los artistas y los intelectuales pero da cuenta también de la visión caudillista de los políticos (levantar la voz a través de la voz de los oradores) y de una visión “realista-socialista” sobre el arte:

Esto es tanto más cierto que, más y más, llego a la convicción íntima de que Colombia es una nación en busca de expresión, en busca de su autenticidad y que existe un hilo secreto que corre entre un pueblo sin canales para aflorar a la superficie y unos intelectuales, unos artistas sin canales para llegar al pueblo. La revolución colombiana se cumplirá el día en que orgullosamente, arrogantemente, la autenticidad colombiana levante su voz a través de la voz de los oradores colombianos, se refleje en el cincel de los artistas colombianos, se interprete a través de la música colombiana y encuentre su escenario en el teatro colombiano. Ese día quizá será el primero, de los grandes días por venir, que verímos anunciando desde hace tanto tiempo (*M*, 39-40, 1961-1962, 180).**

Era la época en la que López Michelsen cuestionaba al liberalismo oficialista, mismo que, sin asombro alguno en un país como el nuestro, lo llevará a la presidencia de la república. En este discurso político se adscribía Gaitán Durán, también orador en la campaña del M. R. L., si bien sus tonos eran más verosímiles, como cuando dice que él “es uno de esos intelectuales, burgueses hasta la médula, desgarrados entre su modo de vida y su lucidez, que comprenden la revolución proletaria, pero que no pueden separarla de cierto humanismo, de cierta ética...” (1959, 50).

Que los grandes intelectuales se equivocan cuando quieren fungir de políticos, lo constatan estos argumentos de Gaitán Durán, en su breve libro *La revolución invisible*:

** Las citas extraídas de *Mito. Revista Bimestral de Cultura*, se identificarán dentro de los artículos así: (*M*, #, año, # página). En la bibliografía final se incluirá la información completa.

...Estoy seguro que los hombres de mi generación pueden erigir una alianza de conciencia, que obre desde la esfera de cada cual: la cátedra, el parlamento, el periódico, el sindicato, el libro y la agitación popular y en cuyo ámbito puedan contribuir al proyecto nacional personalidades venidas de tan diversos horizontes ideológicos como Belisario Betancurt, Alfonso López Michelsen y Darío Mesa... (1959, 72).

Los dos primeros nombres aquí señalados corresponden a quienes fueron presidentes de la república y todos sabemos que nada pasó respecto a la posibilidad de construir un proyecto de nación. El tono de Gaitán Durán no es el de un escritor de izquierda (como lo fuera Sartre o Camus u Octavio Paz para entonces) sino el de un intelectual liberal que idealiza un proyecto político de carácter nacional: el que sustenta en su libro *La revolución invisible*. Para bien de la literatura, Gaitán Durán no logró ganar la curul de senador en el departamento de Cundinamarca.

En un período de componendas para fortalecer al latifundio y a la burguesía semifeudal, como fuera el período de la dictadura del General Rojas Pinilla (1953-1957), y la posterior alianza de los dos partidos tradicionales (el liberal y el conservador) en lo que se llamó el Frente Nacional (compartir el poder gubernamental cada cuatro años), la revista *Mito* se pronuncia para marcar la diferencia, dándole cabida al liberalismo “progresista”, a la izquierda europea y a la filosofía de la irreverencia, proveniente de Sade, Heidegger, Nietzsche, Merleau-Ponty, Sartre, Bataille, Miller, entre otros.

El mayor reconocimiento que hemos de darle a *Mito* y a su dirección editorial es el de haber tenido una cierta valentía y una actitud plural frente a los problemas de la política y de la cultura. Se la jugaron para que no fuera una revista provinciana y no fuera un medio que pudiera caer en lo meramente informativo con énfasis en el pensamiento europeo. Hacia el año 1955 ya Gaitán Durán intercambiaba ideas con Octavio Paz, Cardoza y Aragón, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Vicente Aleixandre, Alejandra Pizarnik, Alfonso Reyes, Caballero Bonald y desde Alemania Gutiérrez Girardot establecía contacto con los filósofos, así como Cote Lamus desde España afianzaba las relaciones amistosas con Jorge Guillén, Camilo José Cela y los jóvenes escritores españoles. Ninguna revista literaria-cultural puede funcionar con el rigor requerido si de antemano no tiene los enlaces comunicativos con quienes lideran las ideas en los distintos lugares del mundo; y esto fue lo primero que hizo Gaitán Durán: asegurar las alianzas intelectuales.

Se trataba de establecer puentes entre lo local y lo universal. El No. 8, de la revista, correspondiente a junio-julio de 1956, por ejemplo, nos presenta como ensayo central un trabajo de Henry Miller, "La obscenidad y la ley de la reflexión", y en la sección sobre Estudios Colombianos aparece un artículo de Dario Mesa sobre "Las guerrillas del llano". El primero, nos muestra el problema universal de un momento (la sexualidad) y, el segundo, el problema local-nacional sobre la emergencia de los grupos guerrilleros y su beligerancia hasta el año 1953, comparable a lo que fuera en México el movimiento campesino liderado por Pancho Villa, en 1910.

Universalidad y localidad constituyen ese propósito que Gaitán Durán se trazó: alcanzar un diálogo que conduzca a otra perspectiva de la función de la política; ya no la política como oratoria, cercana a la bohemia y a la melosería de las grandes masas, según lo asumió López Michelsen, sino la política en la dimensión de una actitud propia del sujeto humano pensante, que presupone vivir el riesgo continuo en la polémica y el debate, y en la inauguración de un lenguaje siempre distinto sobre las regulaciones sociales. Gaitán Durán vive las dos formas de la política pero la que ha quedado, la perenne, la que permanece en la historia de los intelectuales de un país, es la segunda: la política que subyace como acción del pensamiento en los ensayos de los grandes escritores de su tiempo y en la obra artística; la política aparece allí de una manera invisible y requiere de su reconstrucción por los lectores. Es en este punto en el que es relevante el impacto de la revista *Mito*: el diálogo político desde la literatura y desde las artes.

Es una actitud política la de Bataille y la de Miller cuando fundan un lenguaje nuevo para entender los dilemas de la vida sexual; y es una actitud política la de Gaitán Durán y Pedro Gómez Valderrama cuando traducen estos trabajos para unos lectores apabullados por la gran prensa y por la oratoria grandilocuente de los políticos oficiales. La formación política de un individuo se va configurando según lo que lea y según como lea y, por supuesto, según los interlocutores con quien pueda contar. *Mito* propició la interlocución entre los jóvenes intelectuales de su tiempo, si bien era apenas, y lo sigue siendo, una élite en un país de tantas exclusiones sociales como Colombia.

Entonces, darle cabida a autores que, como Miller, habían iniciado, con *Trópico de cáncer*, en la década de 1930, una tendencia hacia la asunción de la vida sexual como expresión de la libertad, es aportar a la cuali-

ficación política de los lectores, porque en lo más profundo de las posiciones de Miller hallamos una actitud política fuerte. En el artículo arriba mencionado, Miller responde a sus detractores, sobre todo a los norteamericanos, quienes veían en su obra la obscenidad y la vulgaridad. Para Miller, la obscenidad es un asunto que tiene que ver con el modo de mirar o de leer y no estrictamente con lo que son en sí las obras. Mencionar todas las obras maestras calificadas de obscenas, nos dice, “formaría un catálogo azas monótono. Sin hablar de la Biblia, la mayoría de nuestros grandes escritores, de Platón a Havelock Ellis, de Aristófanes a Shaw, de Cátulo y Ovidio a Shakespeare, Shelley y Swinburne, han servido de blanco a aquellos que están siempre en busca de impureza, de indecencia o de inmoralidad” (*M*, 8, 1956, 82).

La obscenidad está en todas partes, dice Miller, porque

hablar de lo que es indecente, asqueroso, lúbrico, sucio, repugnante, etc., con ocasión de la sola sexualidad, es rehusarnos a nosotros mismos el lujo de la gama de aversión-repulsión de la cual disponemos en la vida moderna [...] No hay un capítulo de la vida que no esté viciado y corroído por lo que a la ligera se clasifica con la etiqueta de ‘obsceno’ (*M*, 8, 1956, 82).

Es ésta una interpelación política: qué más obsceno que las guerras, nos dice. Y en relación con la literatura es más agudo:

Cuando la obscenidad aparece en el arte, en particular en la literatura, tiene habitualmente el valor de un procedimiento: el elemento deliberado que allí se encuentra nada tiene que ver con la excitación sexual, como es el caso de la pornografía. Si hay un pensamiento oculto, éste va más lejos que la sexualidad. Su objeto es despertar, comunicar un sentimiento de la realidad (89).

“Comunicar un sentimiento de la realidad”, de manera figurada, tal como funciona el arte, es comunicar un punto de vista frente al mundo y todo punto de vista está mediado, como diría Voloshinov (1992), por una conciencia significativa, que es ideología, que es política. Leer, por ejemplo, los poemas de Mutis, Charry Lara, Gaitán Durán, Echavarría, Cote Lamus en los varios números de *Mito* es encontrarnos con un modo de percibir la realidad, en cada uno de manera distinta. En lo más profundo de estas percepciones hallamos la presencia de una ética, de una visión política.

Así también en los ensayos de Valencia Goelkel, como el magistral trabajo que hiciera sobre Barba Jacob; de Gutiérrez Girardot, con la fuerza idónea para ubicarnos en torno a cómo leer a Nietzsche, y, por supuesto, los ensayos de Gaitán Durán sobre Sade y sobre *La Celestina*, en donde hallamos una escritura que nos estruja para trascender el lugar común. Pero estos tonos discursivos devienen de la apropiación, con el necesario filtro crítico, de las obras de los pensadores y escritores de otros países, europeos y latinoamericanos, con los que la revista dialogó.

En una perspectiva semejante a la de Miller hallamos los juicios argumentados de Gaitán Durán, en torno a la obra de Sade. Tácitamente Gaitán Durán nos está diciendo que no hay otra manera de transformar las conciencias si no es a través de la lectura de textos que generen la crisis del pensamiento, esto es, el desacomo, el desajuste con lo que se tiene por verdad. Así, nos invita a leer el relato de Sade en donde un sacerdote lucha por convertir al catolicismo a un ateo moribundo y nos muestra cómo lo que se escenifica es un diálogo de sordos:

En el universo de Sade cada criatura trata de realizarse sin comunicar con las otras. Cada personaje afronta el mundo de los destinos imaginarios. El Sacerdote y el Moribundo no dialogan nunca. Uno y otro prosiguen, aislados, sus discursos. Sus pausas no implican el acto de escuchar: son los momentos en que el ser se repliega sobre sí mismo, antes de continuar su solitario alegato. Los héroes de Sade no comunican con la carne que zanjan, no le dan al Otro el placer, se niegan a unirse en el nudo carnal... (*M*, 1, 1955, 5).

Sade es un precursor del racionalismo, dice Gaitán Durán; Sade es el defensor de una moral que trasciende la moral religiosa para privilegiar una moral social. El hombre y la razón, no Dios, orientan la existencia, señala el moribundo, quien sale victorioso en la confrontación (dice tener en un cuarto contiguo a seis mujeres con quienes quiere gozar en su agonía e invita al sacerdote a tomar tres). Estamos en el año 1955, cuando la iglesia y el Estado son una misma cosa en Colombia. Gaitán Durán atina al hacer la traducción del texto de Sade y publicarlo en *Mito*; sabía muy bien de la necesidad de llamar a cuentas a la iglesia e interpelar a liberales y a conservadores. El texto de Sade se hace contemporáneo y propicia al menos la reconsideración crítica del dogma cristiano. El sacerdote invoca a Cristo y el moribundo interroga por una razón con una razón:

El Moribundo:

¡No hay duda de que se trata de un gran hombre! Explícame entonces por qué ese hombre que es tan poderoso ha hecho, sin embargo, según tú, una naturaleza corrompida.

El Sacerdote:

¿Qué mérito tendrían los hombres si Dios no les hubiere dejado su libre albedrío, y qué mérito tendrían al gozar del libre albedrío si no hubiera sobre la tierra la posibilidad de hacer el bien y la de hacer el mal?

El Moribundo:

Así tu dios ha querido hacer todo al revés, únicamente para tentar o probar a su criatura. ¿Él no la conocía, no sospechaba pues el resultado?

El Sacerdote:

Sin duda que la conocía; pero quería dejarle el mérito de la escogencia.

El Moribundo:

¿Para qué, si Dios sabía el camino que tomaría y dependía solamente de él –puesto que tú afirmas que es todopoderoso– que siguiera el bueno?

El Sacerdote:

¿Quién puede comprender los designios inmensos e infinitos de Dios con respecto al hombre; y quién, todo lo que vemos?

El Moribundo:

¿Quién? El que simplifica las cosas, amigo mío, el que no multiplica las causas para mezclar con más facilidad los efectos. ¿Qué necesidad tienes de una segunda dificultad, cuando no puedes explicar la primera? Y si es posible que la naturaleza sola haya hecho lo que le atribuyes a tu dios, ¿por qué quieres buscarle un amo? La causa de lo que no comprendas es quizás la cosa más simple del mundo. Estudia bien tu física y comprenderás mejor la naturaleza; purifíca tu razón, barre tus prejuicios, y no tendrás más necesidad de tu dios (12).

La dimensión política de este texto se sitúa en una dialéctica que confronta los universos de creencia y las representaciones que sobre el destino de las sociedades configuran los seres humanos. Pero es la religión católica la que es objeto del juicio, en una confrontación de dos lógicas opuestas: la religiosa y la racionalista. El discurso del sacerdote deviene del dis-

curso del adoctrinamiento, de la repetición, de la defensa del dogma; el discurso del moribundo es terrenal y elocuente, racional, pero es un discurso imposible de penetrar en el antagonista. El desenlace de dicha confrontación muestra el punto de vista también radical del moribundo, quien funge ahora de confesor y no de confesado:

Renuncia a la idea del otro mundo; pero no renuncies nunca al placer de ser feliz y de hacer felices a los demás. He aquí la sola razón que la naturaleza te ofrece para doblar tu existencia o extenderla. Amigo mío, la voluptuosidad fue siempre el máspreciado de mis bienes; toda la vida la he acariciado y ahora quiero terminar mi existencia en sus brazos. Mi fin se aproxima. Seis mujeres más bellas que el día se hallan en el cuarto vecino. Yo las reservaba en este momento. Toma tres y trata de olvidar sobre sus senos, a ejemplo mío, todos los vanos sofismas de la superstición y todos los errores imbéciles de la hipocresía (18).

Y fue contra la hipocresía que la revista *Mito* quiso orientar su proyecto; contra la hipocresía y contra el dogma y a favor de la heterodoxia, lo cual suponía la participación en ella de todas las tendencias, aunque esto fuera muy relativo cuando la escritura no constituía la vía para la circulación de las ideas, sobre todo por parte de los sectores tradicionales en la vida política y en la vida intelectual de Colombia.

El tema del erotismo es retomado por Gaitán Durán en el análisis de “La Celestina”, que aparece en el número 14, de junio-julio de 1957. De manera magistral, Gaitán Durán identifica los paralelismos que sirven de base al desarrollo de la historia: “La vieja alcahueta es sincera y falaz, denodada y cobarde, buena y mala [...] Pármeno se plantea el problema del Bien y el Mal y lo resuelve en función de sus intereses y necesidades, desechariendo toda moral predeterminada.” En este análisis el crítico recupera las tesis que respecto a la obra del Marqués de Sade ya había puntualizado: “No hay perversos, ni virtuosos en el tiempo celestino: ¿presente puro? Calisto y Melibea no se comportan como seres éticos, sino como amantes, andan con complacencia por su realidad: los sentidos.” (*M*, 14, 1957, 130).

En países en los que “rige con abrumadora evidencia una moral de lo inhumano, la prostitución adquiere el carácter de un reto desesperado.” Por eso, señala Gaitán Durán, allí en donde prevalece la moral de lo inhumano, la figura de la prostituta y de la alcahueta entronizan con ese mundo, un mundo del presente: “Gocemos y holguemos, que la vejez pocos la

ven y de los que la ven, ninguno murió de hambre.” Y así “la tragicomedia se anuda en el imperio de los sentidos” (*M*, 14, 1957, 135), dice Gaitán Durán. Es el mundo de aquí, lo terrenal, lo que importa, no el mundo de arriba, el cielo. De allí que Melibea se lamente por no haberle dedicado más tiempo al amante que ha muerto.

La revista *Mito* fue lo que quiso ser: una revista irreverente y heterodoxa, en la perspectiva de una sociedad moderna. Al respecto, Valencia Goelkel nos dice:

Lo que al principio queríamos era ventilar, discutir, exponer temas, mencionar cuestiones que por pacatería, por ignorancia y por rutina no circulaban y no se discutían entre el público al que nos dirigíamos. Este era un público nacional, con las restricciones del público nacional, alfabetizado y urbano de finales de los años cincuenta. Nosotros no teníamos un programa político. Sin embargo, la revista, de manera deliberada y no casual, se abrió a la controversia política... (1990, 161).

La controversia política se expresó precisamente no tanto a partir de los testimonios o de los documentos sobre la realidad política del país sino alrededor de los trabajos que sobre el erotismo, el existencialismo, el surrealismo, el sicoanálisis y la revolución cubana la revista publicó. Gaitán Durán sabía que era por allí por donde debía entrar, quizás para provocar y animar las polémicas en un país silenciado por la dictadura y por el atraso en la educación.

En 1954, Gaitán Durán escribe una carta a Eduardo Cote, quien prosigue en España y a quien anima a no regresar porque Colombia es como una fauna: “El trato con ganado es más saludable que el de la fauna bogotana. De la fauna cucuteña, no puedo hablar, pues de cierta manera es inexistente. Tipos cómicos, a lo sumo [...] Lo terrible de unos o de otros es el terrible conformismo. Están felices en su mierda, sin el menor propósito de salir de ella...” (Cote, 1990, 178). Después de haber vivido la experiencia de Francia, Italia, Alemania, Rusia, España... y encontrarse ahora con un país tan resignado, todo parece muy nimio. Sin embargo, sabe que las condiciones son propicias para hacer lo que no se ha hecho en Colombia. En esa misma carta dice que los colombianos son inteligentes pero están como “aplastados por el trópico, insectos pegados a la tierra, bajo este sol intolerante” y reconoce que es con ese “material, con estas almas, ‘haciendo de tripas corazón’ con el que hay que trabajar. Y en abril de 1955 aparece el primer número de la revista *Mito*, con los textos del Marqués de

Sade, de León de Greiff, de Octavio Paz, de Vicente Alexaindre, de Perse, de Pedro Gómez Valderrama, entre los principales.

Jorge Gaitán Durán es el mayor entre quienes lo acompañarán en el proyecto de *Mito*: tiene 31 años; Hernando Valencia y Gutiérrez Girardot tenían 26, Cote 27, Jorge Eliécer Ruiz 28. Es la edad de la fogosidad y quieren tomar distancia de las ideas rancias y conservadoras de la burguesía, aunque provienen de ella, de una burguesía provinciana. Avizoraron la posibilidad de que Colombia pudiera tener una burguesía más culta y más tolerante, como lo eran las burguesías europeas de posguerra de entonces. Darío Mesa señala en una carta, publicada en la revista, que *Mito* es una proeza intelectual “en un país que padece la desgracia de tener que acomodarse a las perspectivas culturales que le impone una clase terrateniente inculta y provinciana y una burguesía comercial sin los rasgos espirituales ni los objetivos históricos que, en el pasado, hicieron de ella una fuerza revolucionaria...” (*M*, 4, 1955, 281).

Dirá también Darío Mesa que *Mito* es “una revista de inconformes con su medio social, una tribuna de rebeldes, pero no de revolucionarios.” Y así lo fue, como era natural al proponerse tan sólo que desde la literatura, las artes y el pensamiento filosófico, Colombia pudiera acercarse al menos a la modernidad; no se trataba de romper radicalmente con el ascenso y los engranajes de la sociedad capitalista sino de transformar unas relaciones de poder autocráticas en relaciones de poder más incluyentes. La literatura, el ensayo filosófico, la reseña de libros, la reconstrucción de pasajes de la historia del país... constituían un camino posible para transformar la conciencia de los políticos y para fundar corrientes de pensamiento entre los intelectuales —estas corrientes lograron fundarse si hacemos una evaluación de la producción intelectual en las últimas tres décadas; al contrario, la conciencia de los políticos sigue siendo la misma—.

Por último, el balance que hacemos a la trayectoria de *Mito* no puede pasar por alto una intención por educar —en el mejor sentido— para saber leer las artes plásticas. Los ensayos críticos sobre pintura y sobre cine publicados en *Mito* son referentes necesarios para una historia de la cultura y de las ideas en Colombia. Releer los trabajos de Marta Traba y de Andrés Holguín, sobre la obra pictórica de Wiedemann y de Rufino Tamayo, así como los comentarios sobre cine de Hernando Salcedo y de Gaitán Durán implica reconocer los signos de la contemporaneidad y del diálogo político desde el arte.

Bibliografía

- Cobo, Gustavo. *Mito. 1955-1962. Selección de textos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975.
- _____. *La alegría de leer*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1976.
- Cote, Pedro. “Epístolas alrededor de Mito”, en: *Textos sobre Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1990, 169-200.
- de Sade, D. A. F. “Diálogo entre un sacerdote y un moribundo”, en: *Mito*, 01, volumen 01. Bogotá: abril-mayo, 1955, 11-19.
- Echavarría, Rogelio. *Quién es quién en la poesía colombiana*. Bogotá: Ancora- Ministerio de Cultura, 1998.
- Gaitán Durán, Jorge. “Sade contemporáneo”, en: *Mito*, 01, volumen 01. Bogotá: abril-mayo, 1955, 3-9.
- _____. *La revolución invisible*. Bogotá: Ediciones Revista Tierra Firme, 1959.
- Jurado Valencia, Fabio. *Mito. Cincuenta años después*. (Prólogo y selección de textos). Bogotá: Lumen, 2005.
- López Michelsen, Alfonso. “Discurso a los intelectuales”, en: *Mito*, 39-40, volumen 07. Bogotá: noviembre-diciembre, enero-febrero, 1961-1962, 180-183.
- Mesa, Darío. “*Mito*, revista de las clases moribundas”, en: *Mito*, 04, volumen 01. Bogotá: octubre-noviembre, 1955, 281-297.
- Miller, Henry. “La obscenidad y la ley de la reflexión”, en: *Mito*, 08, volumen 02, junio-julio, 1956, 81-92.
- Romero, Armando. *Las palabras están en situación*. Bogotá: Procultura, 1985.
- Téllez, Hernando. “El intelectual y el político”, en: *Textos no recogidos en libro* 2. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979, 585-588.
- Valencia Goelkel, Hernando. “Nuestra experiencia de *Mito*”, en: *Textos sobre Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1990, 157-167.
- Voloshinov, Valentín. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza, 1992.